


HISTORIA  Incógnita



OPERACIÓN VALKIRIA

20 de julio de 1944. Objetivo: eliminar a Hitler. Todos los detalles del complot que pudo cambiar la historia del siglo XX

Jesús Hernández

 nowtilus
saber

Annotation

Año 1943. El coronel Claus Schenk von Stauffenberg acababa de ser trasladado a Berlín bajo las órdenes del general Friedrich Olbricht, miembro de un comité de resistencia que empieza a maquinarse un plan para dar muerte a Hitler. Olbricht ya tiene entrelazados a más de 200 implicados en distintos estratos de la sociedad alemana e incluso de la sección de inteligencia y contraespionaje. El objetivo es eliminar a Hitler, Goering y Himmler, neutralizar a las SS e instalar un gobierno provisional que intentaría hacer las paces con occidente y detener la guerra. Von Stauffenberg, a pesar de sus lesiones de guerra (ha perdido un ojo y varios dedos de la mano), quiere realizar el atentado. Los conspiradores dudan. ¿Tendrá capacidad para activar la bomba? Finalmente aceptan porque entienden que su invalidez es la coartada perfecta y que no levantará sospechas. El coronel Von Stauffenberg intenta varias veces cumplir su misión, pero no consigue nunca encontrar juntos a los que deben morir. Finalmente, el 20 de julio de 1944 se da la ocasión perfecta. El alto mando se reúne en el cuartel general de Hitler, ubicado cerca de Rastenburg. Von Stauffenberg porta un maletín con un explosivo inglés de 1 kg que se activa mediante un detonador químico absolutamente silencioso. Todo es perfecto. Se sienta junto al líder nazi. Solo queda esperar el momento...

-
-
-

Annotation

Año 1943.

El coronel Claus Schenk von Stauffenberg acababa de ser trasladado a Berlín bajo las órdenes del general Friedrich Olbricht, miembro de un comité de resistencia que empieza a maquinarse un plan para dar muerte a Hitler. Olbricht ya tiene entrelazados a más de 200 implicados en distintos estratos de la sociedad alemana e incluso de la sección de inteligencia y contraespionaje. El objetivo es eliminar a Hitler, Goering y Himmler, neutralizar a las SS e instalar un gobierno provisional que intentaría hacer las paces con occidente y detener la guerra.

Von Stauffenberg, a pesar de sus lesiones de guerra (ha perdido un ojo y varios dedos de la mano), quiere realizar el atentado. Los conspiradores dudan.

¿Tendrá capacidad para activar la bomba? Finalmente aceptan porque entienden que su invalidez es la coartada perfecta y que no levantará sospechas. El coronel Von Stauffenberg intenta varias veces cumplir su misión, pero no consigue nunca encontrar juntos a los que deben morir.

Finalmente, el 20 de julio de 1944 se da la ocasión perfecta. El alto mando se reúne en el cuartel general de Hitler, ubicado cerca de Rastenburg. Von Stauffenberg porta un maletín con un explosivo inglés de 1 kg que se activa mediante un detonador químico absolutamente silencioso.

Todo es perfecto. Se sienta junto al líder nazi. Solo queda esperar el momento...

Introducción

Al encuentro de la historia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Anexo 1

Anexo 2

Anexo 3

Anexo 4

Anexo 5

Anexo 6

Anexo 7

Anexo 8

Anexo 9

Anexo 10

Cronología del 20 de julio de 1944

Los escenarios

Los protagonistas

Filmografía

Bibliografía

notes

Jesús Hernández

OPERACIÓN VALKIRIA

Introducción

El 20 de julio de 1944 es una fecha destacada en la cronología de la Segunda Guerra Mundial. Ese día, el coronel Claus von Stauffenberg colocó una bomba a un metro escaso de Adolf Hitler, mientras se celebraba una conferencia en el Cuartel General del *Führer* en Rastenburg. El artefacto estalló, pero una increíble cadena de casualidades y coincidencias hizo que el dictador germano saliese ileso del atentado. El golpe de Estado que se desarrolló en Berlín a continuación también sería víctima de la fatalidad, lo que le condenaría al fracaso. Nunca antes estuvo el régimen nazi tan cerca de ser derribado, pero de forma milagrosa éste sobrevivió, al igual que su líder. Es comprensible que Hitler quedase convencido tras el frustrado intento de asesinato de que la Providencia estaba de su parte.

Las doce horas transcurridas entre el estallido de la bomba y el aplastamiento final del golpe han sido narradas en innumerables libros, y han sido llevadas al cine en varias ocasiones. Difícilmente encontraremos otro hecho histórico que haya sido analizado tan minuciosamente, prácticamente al minuto. Eso puede llevar a creer que conocemos con exactitud todo lo ocurrido ese día, pero nada más alejado de la realidad; paradójicamente, los historiadores no se ponen de acuerdo sobre muchos de los detalles que conformaron esa histórica jornada. Si tomamos al azar dos obras referidas al 20 de julio, comprobaremos de inmediato cómo difieren las versiones presentadas por cada uno de los autores, llegando seguramente a contradecirse.

Para confeccionar el presente trabajo ha sido necesario llevar a cabo una investigación más propia de las que suelen aparecer en las novelas policíacas. En esos casos, ante un mismo hecho criminal, el inspector procede a recoger las versiones proporcionadas por los testigos; pese a lo reciente del hecho, estos testimonios diferirán enormemente dependiendo del lugar que ocupaba en ese momento preciso cada uno de los que presenciaron el crimen, aunque al final, para asombro del lector, el protagonista logrará encajar todas las piezas del rompecabezas, descubriendo así al culpable. Pero en el caso del complot del 20 de julio, hay que tener presente que casi todos los testigos fueron ejecutados o se suicidaron antes del final de la guerra y que los supervivientes no dejarían sus impresiones por escrito hasta una, dos o incluso tres décadas después del suceso.



Portada de la revista alemana *Der Spiegel* de julio de 1994, dedicada a la conmemoración del cincuenta aniversario del atentado del 20 de julio. La acción de Stauffenberg se sigue recordando cada año en Alemania, como homenaje a todos aquellos que se enfrentaron a la dictadura de Hitler.

En estas circunstancias, intentar reconstruir lo ocurrido aquel día se antoja una misión imposible. En cuanto el investigador cree haber completado el rompecabezas de las diferentes versiones, encajando una pieza aquí y otra allá, siempre aparece una nueva a la que no se le encuentra acomodo y que amenaza con poner en entredicho el trabajo de reconstrucción realizado hasta ese

momento. Intentar conocer en detalle lo que pasó el 20 de julio de 1944 se ha convertido en un trabajo de Sísifo que ha puesto a prueba la paciencia de los historiadores.

Como se ha apuntado, los elementos con los que cuentan los investigadores son muy limitados. La mayor parte de los documentos relativos al complot fueron destruidos por los propios conspiradores o sus familiares y amigos. Los que cayeron en manos de las autoridades nazis serían destruidos también, después de servir para incriminar a miles de sospechosos, y los pocos documentos que sobrevivieron perecerían bajo los bombardeos.

La fuente principal de información es el trabajo llevado a cabo por la Gestapo en los días posteriores al atentado, recopilado en unos informes que eran remitidos diariamente a Hitler, y que son conocidos como los Informes Kaltenbrunner. Pero el valor de estos informes es muy discutible, puesto que no se citan largas declaraciones, sino frases aisladas, fuera de contexto, y aderezadas con comentarios del compilador, más preocupado por establecer la bajeza moral de los implicados que de descubrir la verdad. Además, muchas manifestaciones no son reflejadas de forma textual, sino que son expuestas en palabras del funcionario de la Gestapo encargado del interrogatorio.

A esta escasez de fuentes fiables, hay que sumar las especiales circunstancias que vivió Alemania en los años posteriores. Hasta el final de la guerra, el recuerdo del atentado del 20 de julio se fue diluyendo hasta olvidarse casi por completo; los alemanes, intoxicados por la propaganda y aterrorizados por la represión policial, llegaron a convencerse de que, tal como habían repetido hasta la saciedad las autoridades nazis, el complot había sido obra de “una reducida camarilla de oficiales criminales”. La brutal venganza contra los conjurados disuadió a los sectores descontentos del Ejército de intentar organizar otro golpe. Los alemanes cerraron filas con el régimen nazi y, de hecho, ya no se produciría ningún nuevo intento de atentado.

Tras la derrota de Alemania, a los vencedores —tanto los occidentales como los soviéticos— no les interesó que aflorase el conocimiento de las actividades llevadas a cabo por la resistencia al régimen nazi, más numerosa y organizada de lo que se suele creer. Es posible que los Aliados quisieran evitar que quedase así al descubierto su falta de apoyo a estos movimientos, o que desearan culpabilizar al conjunto de la sociedad alemana, sin excepciones, de haber servido de sustento a la causa nazi, para poder así disfrutar de una superioridad moral sobre los vencidos que les ayudase a imponer las nuevas reglas. Las autoridades ocupantes se oponían a la publicación de artículos o libros sobre el tema. Sea por la razón que sea, la oposición al nazismo se convirtió en un tabú que sólo un par de décadas más tarde comenzó a ser

derribado, cuando los alemanes se decidieron a restituir a su país el crédito moral perdido en el traumático período del Tercer Reich.

El complot del 20 de julio quedó también oculto tras esa cortina de silencio. La consecuencia es que, tal como se ha avanzado, cuando los testigos rompieron a hablar ya había pasado demasiado tiempo. Los recuerdos ya no tenían la frescura necesaria y se confundían unos hechos con otros, o se fundían en uno solo. Además, no eran pocos los que habían “elaborado” esos recuerdos con el fin, consciente o no, de atribuirse una importancia en el complot mayor de la que se tenía en realidad, o los que decían haber presenciado escenas que se contradecían con la lógica temporal. La consecuencia de todo ello es que los historiadores han debido hacer un esfuerzo titánico para reconstruir de forma aceptable lo ocurrido ese día, y han tenido que aceptar que algunos puntos permanecerán para siempre en la oscuridad, ante la imposibilidad de establecer una verdad histórica inequívoca.

Por lo tanto, el lector ha de acercarse a este trabajo consciente de estas limitaciones. Por mi parte, he intentado ceñirme lo más posible a la versión de los hechos comúnmente aceptada. Todo el relato que figura a continuación ha sido elaborado siguiendo las conclusiones de los investigadores. Cada diálogo aquí reproducido está basado en fuentes precisas y dignas de credibilidad. Cuando una afirmación ha sido objeto de controversia entre los historiadores, se indica la existencia de esta discrepancia. Con todo ello se ha intentado confeccionar un relato lo más ajustado posible a la realidad.

Pero si, tal como se ha señalado, resulta difícil ofrecer garantías de que la narración de lo sucedido el 20 de julio responda efectivamente a la verdad, cuando intentamos aproximarnos a la personalidad del gran protagonista de aquella jornada, Claus von Stauffenberg, nos encontramos, por desgracia, en la misma tesitura.

Si el coronel Stauffenberg hubiera logrado su propósito, con toda seguridad hoy conoceríamos casi todos los detalles de su vida y su personalidad. Si sus biógrafos hubieran nadado en documentos relativos a él, dispondríamos de sus escritos y sus cartas, por lo que no sería muy difícil hacernos una idea de cómo era aquel decidido soldado que tomó sobre sus hombros esa ciclópea responsabilidad.

Sin embargo, el destino no quiso que Stauffenberg consiguiese su objetivo. La Historia reservaba seguramente un lugar destacado para él, pero la fatalidad quiso que en un solo día pasase de poder convertirse en el verdugo del régimen nazi a ser asesinado precisamente por ese régimen que deseaba con todas sus fuerzas ver hundido. Su nombre quedaría ya ligado para siempre al fracaso del golpe del 20 de julio de 1944.

Con Stauffenberg muerto, la Gestapo llevó a cabo un meticuloso registro en su vivienda de Berlín y en casa de su familia, en Bamberg. Sus familiares quedaron de inmediato sometidos a una estrecha vigilancia. La policía nazi confiscó todos los documentos que hallaron, sin olvidar el más pequeño papel. Ese material, que hubiera sido de enorme interés para los historiadores, no ha podido ser recuperado; se desconoce por completo su paradero. Es muy posible que esa documentación quedase destruida en cualquier bombardeo, pero no es descartable que los soviéticos se apoderasen del archivo en que debían figurar esos papeles. Las pesquisas realizadas en los archivos occidentales han dado todas resultado negativo; no se conserva ni uno solo de sus papeles. Quizás, las notas de Stauffenberg reposan hoy en una polvorienta caja de un vetusto archivo ruso.

Los únicos testimonios personales de Stauffenberg con los que cuentan los investigadores son algunas cartas postales hoy en poder de sus destinatarios, una orden de la época de la campaña de Francia, un trabajo mecanografiado con algunas notas manuscritas y, por último, el texto editado de una conferencia pronunciada por Stauffenberg. Sin duda, la Gestapo no facilitó el trabajo de los futuros historiadores. Aparte de estas fuentes que proceden directamente de Stauffenberg, sin intermediarios, su rastro puede seguirse en otros documentos menores¹. Y éstas son todas las fuentes primarias con las que cuentan los investigadores.



Claus Shenck von Stauffenberg, el autor del atentado contra Hitler. Sus biógrafos se han encontrado con muchas dificultades para trazar su recorrido vital, ya que casi toda la documentación relativa a su persona desapareció.

Evidentemente, con estos escasísimos mimbres, la misión de confeccionar una biografía del personaje se antoja casi como imposible. Por lo tanto, los

historiadores han debido recurrir al testimonio de todos aquéllos que le conocieron. Afortunadamente, se conserva la transcripción de sus declaraciones, recogidas sobre todo en la década de los sesenta. Ésta es una fuente que resulta de gran utilidad, pese a aparecer mediatizada por apreciaciones personales y subjetivas.

Por tanto, el presente trabajo, cuyo objetivo es trasladar al lector todo lo sucedido aquel 20 de julio de 1944, será necesariamente incompleto. No obstante, considero que con la información que contamos puede tejerse de forma fidedigna el argumento de aquel episodio. Además, mi intención es ofrecerlo de modo que se mantenga el interés a lo largo de todo el relato, pese a que el desenlace sea ya conocido.

Para cumplir con este segundo objetivo, me he visto en la necesidad de descartar información cuya inclusión en la presente obra podía lastrar innecesariamente la narración. Hay que tener en cuenta que en el complot del 20 de julio intervinieron, de un modo u otro, cientos de personas y que al menos varias decenas merecen ser nombradas, pero las referencias a estos implicados habrían desviado la línea del relato, además de que nos habría llevado por las infinitas ramificaciones de los movimientos de resistencia al nazismo.

Mi intención ha sido la de simplificar al máximo el volumen de información, en aras de la agilidad y la amenidad del texto, por lo que creo pertinente ahorrar al lector el abrumador aluvión de datos que suelen proporcionar las obras de corte académico. De todos modos, para proporcionar al menos una referencia a estos personajes secundarios, al final del libro he incluido un capítulo dedicado a los protagonistas más destacados del episodio, en el que aparece un buen número de ellos. Además, ese capítulo puede ser utilizado por el lector como *dramatis personae* para situar de inmediato cada uno de los nombres que van apareciendo a lo largo del libro.

Espero que esta narración de los antecedentes, el desarrollo y las consecuencias del golpe del 20 de julio de 1944 no acuse los condicionantes aquí referidos y que el lector, además de conocer la historia, pueda disfrutar con el relato de la misma como si de una novela se tratase. El argumento ofrece todos los alicientes para ello; ahora es responsabilidad del autor trasladar al papel la emoción, la inquietud, la frustración, el miedo y la resignación —por este orden— que se vivió en aquella intensa jornada que a punto estuvo de cambiar la historia del siglo XX.

En la guerra, causas triviales producen acontecimientos trascendentales.

julio César

Al encuentro de la historia

Para comprender un acontecimiento histórico, no hay nada más recomendable que acudir al lugar en el que ese hecho tuvo lugar. Cuando uno conoce un episodio concreto de la historia mediante la lectura, como suele suceder en la inmensa mayoría de ocasiones, ese hecho llega a nosotros a través de un único sentido: la vista. Aunque uno pueda gozar de gran imaginación, y en su mente tomen vida sus protagonistas y se plasmen sus escenarios, es indudable que la capacidad para penetrar en su conocimiento es forzosamente limitada.

En cambio, cuando uno visita el lugar en el que ese suceso se desarrolló, pasan a intervenir los otros sentidos. Llegan a nosotros los sonidos y los olores que seguramente percibieron los que entonces actuaron en ese mismo lugar. Y también interviene un sexto sentido, difícil de definir o clasificar; se trata de una vibración especial, la inquietante sensación física de que allí, en ese mismo sitio, pervive de un modo u otro la emoción, el drama, el miedo o la alegría que unas décadas o unos siglos antes —qué más da— experimentaron los que ocupaban ese mismo espacio. En ese momento, el tiempo pasa a ser una variable irrelevante; lo que realmente importa es que tanto los personajes históricos como el visitante comparten las mismas coordenadas, hay una coincidencia real entre ambas realidades, y esa confluencia provoca un efecto tan poderoso como indescriptible.

Un ejemplo es el lugar actual bajo el que se encuentran las ruinas del búnker de Adolf Hitler, en Berlín. Allí fue donde el Tercer Reich vivió sus últimas jornadas, en las que discurrieron episodios dramáticos como el suicidio de Hitler y Eva Braun, y su inmediata incineración, o el de la familia Goebbels al completo. Tras la guerra, los rusos dinamitaron esa sólida construcción; sus gruesos muros permanecieron incólumes, pero los restos quedaron tapados por toneladas de tierra. La zona del búnker, que estaba situada en el Berlín Oriental muy cerca del Muro, fue reabierta en 1989 para construir unos bloques de viviendas y un aparcamiento de superficie para los vecinos. En la actualidad, eso es lo único que puede verse, un paisaje urbano como el de cualquier barrio residencial de cualquier ciudad. Sin embargo, la afluencia de aficionados a la Historia, y de turistas en general, es ininterrumpida.



Aspecto actual del lugar bajo el cual se encuentra el búnker de Hitler, en Berlín.

La habitación en la que el dictador y Eva Braun se suicidaron el 30 de abril de 1945 se localiza aproximadamente a unos 15 metros bajo el soporte de la barrera de entrada al aparcamiento.

La mayoría de los que acuden al lugar en el que se hallaba el Führer bunker, y que de hecho se encuentra casi intacto a quince metros de profundidad, lo hace por simple curiosidad. Tras un rápido vistazo en derredor, y comprobar que lo

único que recuerda la existencia del búnker es un panel de información turística colocado sobre el césped contiguo al aparcamiento, la mayor parte de los turistas, tras un gesto de decepción, despliegan sus mapas de la ciudad y encaminan sus pasos hacia otro objetivo que resulte más agradecido con sus cámaras, como el *Checkpoint Charlie*, en donde incluso podrán encontrar figurantes disfrazados de soldados norteamericanos de la época, con los que podrán fotografiarse a cambio de una propina.

Pero hay otros visitantes que, tras leer atentamente todas las explicaciones del panel, comienzan a deambular lentamente por el aparcamiento, comprueban en algún mapa la orientación y la extensión del búnker que en ese momento tienen bajo sus pies, miden mentalmente sus lados y su distribución, intentan imaginar sobre qué habitación o sala se encuentran, e intentan descubrir el lugar exacto bajo el cual existe aún la estancia en la que el dictador nazi y su esposa se quitaron la vida.

Para el que realmente quiere conocer lo que allí ocurrió, tiene poca importancia que su sentido de la vista sólo capte unos edificios impersonales, un aparcamiento con su correspondiente barrera de paso y unas suaves ondulaciones de cuidado césped. Su sexto sentido le hace percibir una difusa corriente que procede del subsuelo, que le transmite pequeños y casi imperceptibles fogonazos de las trágicas escenas que allí mismo, en ese exacto lugar, tuvieron lugar hace varias décadas. Al alejarse de allí, uno tiene la sensación de haber estado compartiendo una parte infinitesimal, pero real, de aquel drama wagneriano que supuso el último acto del hundimiento del Tercer Reich.

En busca de sensaciones similares, partí a finales del verano de 2007 rumbo a uno de los lugares más significativos de la Segunda Guerra Mundial, pese a ser casi desconocido para el gran público. Se trata de la conocida como Guarida del Lobo, *Wolfsschanze* en alemán o *Wolf's Lair* en inglés. Fue allí en donde la historia de Europa y del mundo pudo haber cambiado en menos de un segundo; en aquel mismo lugar, el 20 de julio de 1944, una bomba dejada por el conde Claus von Stauffenberg estuvo a punto de acabar con la vida de Hitler.

Esas instalaciones militares, que permanecen en un aceptable estado de conservación, se encuentran actualmente en Polonia, pero durante la guerra estaban situadas dentro del territorio alemán. El desplazamiento de fronteras decidido por Stalin y refrendado por sus aliados occidentales hizo que este lugar, situado en la Prusia Oriental, pasase a ser territorio polaco, quedando situado en el extremo nororiental del país. Son éstas unas tierras llanas y fértiles, punteadas por pequeños bosques, y que entonces estaban cuarteadas en extensas fincas; sus propietarios eran nobles germanos, los *junkers*, cuyas familias las poseían desde la época medieval. Allí, en esa región escasamente poblada y cercana a la

frontera rusa, Hitler decidió en el verano de 1940 la construcción de un cuartel general. Se construyeron barracones de madera, así como búnkers con muros de tres metros de espesor. Con toda seguridad, ya en ese momento su mente estaba en la campaña contra la Unión Soviética, que sería lanzada el 22 de junio de 1941.

A partir de esa fecha, con la que daba comienzo la Operación Barbarroja, la Guarida del Lobo pasó a ser el principal Cuartel General de Hitler. Estas instalaciones se encuentran a seis kilómetros de la ciudad polaca de Ketrzyn. Esa ciudad era conocida, cuando formaba parte de Alemania, con el nombre de Rastenburg, por lo que muchas veces se denomina a ese cuartel con el nombre de la ciudad. Rastenburg es pequeña y agradable, y puede advertirse claramente la herencia del periodo alemán, por la inconfundible silueta de sus iglesias y edificios. La larga era comunista ha dejado como herencia muchos bloques residenciales típicos de esa época, lo que desluce considerablemente el conjunto de la ciudad. Aunque se percibe un intento de contrarrestar esa uniformidad de estilo soviético con la rehabilitación de los edificios supervivientes de la época germana, es necesario realizar un esfuerzo para visualizarla como era entonces.

Durante la guerra, los habitantes de la apacible Rastenburg sabían que allí cerca había una base militar, pero nadie se imaginaba que allí pudiera estar el *Führer*. El temor de la población a la policía política del régimen hacía que nadie formulara preguntas inconvenientes, por lo que la presencia de Hitler en la zona pasó inadvertida para todos ellos.

En la actualidad, la Guarida del Lobo sigue siendo, en cierto modo, tan ignorada para sus habitantes como lo pudo ser en aquel momento. Ketrzyn, la antigua Rastenburg, no es un polo de atracción turística; los enclaves que atraen a los visitantes se encuentran más al este, en los lagos Masurianos. Allí pueden acampar, realizar rutas fluviales, practicar deportes acuáticos o descansar en alguno de los numerosos hoteles de la zona. Pero Ketrzyn no ofrece ninguno de esos atractivos, y tiene que conformarse con ser una lánguida ciudad provinciana, en la que se intuye que disfrutó de tiempos mejores, pero que hoy habita en la nostalgia por ese esplendor pasado que difícilmente volverá.



Imagen del centro de Ketrzyn. Cuando esta localidad polaca pertenecía a Alemania, su nombre era Rastenburg, un nombre por el que también era conocido el Cuartel General de Hitler, situado a solo seis kilómetros. Durante la guerra, sus habitantes no supieron nunca nada de la cercana presencia del dictador.

Aun así, cuando llegué a Ketrzyn, pude advertir el encanto de las escasas calles que conservan aún el ambiente germano de aquella época. Los aires del Báltico, trasladados de forma inconfundible a la arquitectura, transportan al visitante a esos tiempos que movían a la reflexión y a la melancolía, un bálsamo en la ajetreada vida moderna. Tenía la sensación que, de un momento a otro, iba a cruzarme con Immanuel Kant, el filósofo prusiano que vivió toda su existencia en la cercana Königsberg, hoy ciudad rusa con el nombre de Kaliningrado, y cuyos puntuales paseos servían —según cuenta la leyenda— para que sus vecinos pusieran en hora los relojes.

A la antigua Rastenburg había llegado yo como los auténticos viajeros, ligero de equipaje. Pero eso no había sido por decisión propia, sino por la incompetencia de la compañía aérea que me había llevado hasta Varsovia. La inexplicable pérdida de la impedimenta facilitaba, eso sí, la capacidad de desplazamiento de mi expedición unipersonal, pero en ese momento no dejé de acogerla con un gran fastidio. Lo que no sabía era que, como se verá más adelante, el destino me tenía reservada una razón para agradecer ese extravío.

Desde Ketrzyn me dispuse a ir a la *Wolfsschanze*. Existe una línea de desvencijados autobuses que une las aldeas de la zona y que tiene parada en ese lugar, pero debido a sus erráticos horarios fui aconsejado de tomar un taxi, lo que hice a primera hora de la mañana. El amable conductor me llevó por la estrecha carretera que, serpenteando entre huertos, campos y algún riachuelo, lleva hacia el pueblo de Gierloz, cuyo nombre era Görlitz en la época germana. Antes de llegar a él se encuentra el cuartel general de Hitler, que los polacos llaman *Wilczy Szaniec*, de traducción “la Guarida del Lobo”.

En un inglés básico, el conductor me habló de las citas que mantenía el *Führer* con su *girlfriend* Eva en un pequeño refugio situado a la derecha de la carretera que cruza el cuartel, recomendándome que acudiera a verlo. Los turistas a los que, seguramente, solía repetir una y otra vez esa historia, no debían saber que Eva Braun nunca visitó esas instalaciones, pero simulé sorprenderme por la revelación y le prometí que iría a ver la cabaña en la que se celebraban esos encuentros románticos.

El taxi siguió rodando por la bucólica carretera, meciéndome con sus suaves curvas, hasta que comenzó a descender en línea recta hacia un bosque que quedaba oculto tras un cambio de rasante. De inmediato supe que estábamos a punto de adentrarnos en la Guarida del Lobo. El luminoso día quedó velado por las hojas de los altos y frondosos árboles, sumiéndonos en una repentina penumbra. Casi de golpe, la temperatura en el interior del taxi bajó unos grados.

El conductor paró el vehículo en la puerta de acceso al recinto y, tras recibir una generosa propina, se ofreció a venir a buscarme cuando acabase mi visita. Al contemplar la desangelada parada de autobús situada al borde de la carretera, en un estado de abandono que era difícil pensar que allí hubiera sido recogido algún pasajero en los últimos lustros, acepté sin dudar la oferta del taxista. Tras acordar que viniese a buscarme dos horas más tarde, emprendió el regreso a Ketrzyn.

Allí estaba yo, a las puertas de lo que había sido el Cuartel General de Hitler. Entonces había tres entradas, una en el este, otra en el oeste y la última al sur, así como tres zonas de seguridad antes de entrar en el perímetro del complejo propiamente dicho, con alambradas y zonas minadas. Hoy se accede directamente al interior de la segunda y, a diferencia de entonces, pude franquear ese perímetro sin ninguna dificultad, tan sólo satisfaciendo el pago de una entrada de importe más que moderado.

Lo primero que hallé fue un par de edificios bajos, pintados de color verde, que formaban una "L". Uno era un restaurante y otro un pequeño hotel. En la documentación de que disponía comprobé que esos dos edificios unidos estaban destinados a alojar a los oficiales que visitaban el cuartel. Muy próximos a estos dos edificios se encontraban los barracones de la guardia de las SS, el punto que marcaba la entrada a la zona de seguridad máxima del Cuartel General de Hitler.

El cuartel era en realidad un conjunto de casi cien construcciones bajas de hormigón, distribuidas por el bosque, en un orden aparentemente aleatorio. Había búnkeres, barracones, almacenes, oficinas, incluso una pequeña sala de cine. Los búnkeres estaban contruidos con muros de hormigón de hasta diez metros de espesor, dispuestos con cámaras intermedias para aminorar el impacto de las explosiones.

El conjunto ocupa una extensión de 2,5 kilómetros cuadrados, sobre los 8 de la extensión total del bosque de Gierloz, que antaño fue un área de caza y recreo. En su construcción participaron 3.000 obreros alemanes; todo era alemán, incluso el cemento y el acero, que fue transportado expresamente desde Alemania. La primera estancia de Hitler tuvo lugar a finales de junio de 1941.

El complejo tenía la ventaja de estar cerca del territorio soviético y, además, estar protegido por la frontera natural que forman los lagos masurianos. En los alrededores de la Guarida del Lobo se establecieron otros centros de mando, todos ellos en un radio de cincuenta kilómetros; Secretaría del Tercer Reich, Jefatura del Ejército de Tierra, un Cuartel de Himmler, un Centro de Espionaje de la SS y un Centro de Espionaje militar.

Para que el Cuartel General de Hitler no pudiera ser detectado desde el aire, se camuflaron esos edificios e incluso los caminos, cubriéndolos con redes de hojas simuladas, que iban siendo cambiadas según la época del año, para confundirse perfectamente con el bosque.

En 1942 y 1943 se siguieron haciendo trabajos de construcción, reforzando con hormigón los barracones de madera que habían sido instalados anteriormente. Entre febrero y octubre de 1944 se construyeron doubles búnkers, cubriendo los muros de tres metros de grueso con una nueva estructura de cuatro metros de grosor, dejando medio metro de espacio y rellenando este espacio con piedra molida, para absorber mejor los impactos.



Este edificio destinado al alojamiento de los oficiales que acudían al Cuartel General de Hitler en Rastenburg es en la actualidad un restaurante.

Ante la proximidad de las tropas rusas, Hitler abandonó el Cuartel General el 20 de noviembre de 1944. El 4 de diciembre se cursó la orden secreta de destruir todo el complejo, con el nombre en clave de *Inselsprung* (“volar la isla”), pero ésta no sería puesta en práctica hasta el 24 de enero de 1945. Se

